

Editorial

12

El número que el lector tiene en sus manos se ocupa del Horror en los textos de nuestra contemporaneidad.

Y esto es lo que nos dicen: que Occidente parece ensimismado en un goce de destrucción.

Que carece, en suma, de otra vía –más humana, más digna– hacia el goce.

No podía ser de otra manera, cuando ha llegado a su término –y se ha difundido a escala de masas– el proceso de deconstrucción de todos sus símbolos y de todas sus creencias. Es decir: cuando ya sólo cree en la verdad objetiva generada por sus máquinas y en el confort y en el capital en que se traduce. Confort y capital, es decir, placer y significantes abstractos, vacíos de todo sentido.

Y así sucede porque la subjetividad de los seres que lo pueblan no puede encontrar en ello inscripción alguna. Porque nada, en suma, tiene eso que ver con el goce.

Carece de símbolos que construyan su deseo, de relatos que conduzcan su pulsión hacia un goce que pueda merecer la pena. De manera que, cuando la pulsión que les habita les reclama, sólo el horror impone su certeza.

Mientras, la inmigración crece. Y crece, simultáneamente, el fascismo. Inquietantemente sincronizados. Aunque los discursos bienpensantes, políticamente correctos –esa forma extrema de discurso lábil, en cuyo núcleo hay poco más que la idea ingenua del buen salvaje y el ideal rebajado de un mundo racional destinado a la generalización del placer– no quieran verlo.

No quieren, por ejemplo, ver que la inmigración, cuando su magnitud supera cierto umbral crítico sin lograr ser integrada –y eso ya ha sucedido en muchos lugares de Europa: precisamente en aquellos en los que el fascismo crece electoralmente–, genera un conflicto entre comunidades, entre culturas, entre lenguas y entre pieles, potencialmente letal. Cuya proximidad se manifiesta, en los individuos, como un pánico que alimenta esa forma de defensa paranoica que es el fascismo.

O simplificando: la ausencia de integración conduce, directamente, a la desintegración. ¿Pero cómo es posible, entonces, que esos discursos, cuando la dialéctica letal entre el fascismo y la inmigración está ya sobre la mesa, ignoren la evidencia de uno de sus términos –la inmigración– y se conformen con condenar, eso sí, airadamente, al segundo?

¿Por qué esa ceguera? Esta podría ser la respuesta: porque piensan que la integración no es más que una cuestión de servicios asistenciales. Porque opinan que, a fin de cuentas, todos los hombres somos iguales, unos simpáticos buenos salvajes.

Cabría preguntar: ¿los fascistas también? Pero preguntas como esa entran en el ámbito de la ceguera. Se da entonces un salto en el vacío para condenar la irracionalidad del fascismo.

Sin embargo, los hombres son rabiosamente diferentes y violentos –pues habitados por la violencia de la pulsión– y, por eso sus comunidades son siempre precarias. Y éstas, muchas veces, se sienten tentadas a compensar esa precariedad localizando en el exterior un enemigo sobre el que poder volcar su violencia.

El problema de la inmigración es un problema real. Y sólo hay, para él, una salida: la integración cultural. Cabe, en la integración, la diversidad. Es más, constituye su condición: sólo la dialéctica de la diversidad puede evitar la rigidez –también ella letal– de lo idéntico. Pero la integración sólo es posible conteniendo la diversidad. Conteniéndola en el doble sentido del término: incorporándola y, a la vez, limitándola. Pues la integración exige de un núcleo que escape a la diversidad: ciertos valores deben resistir a ella para constituir la argamasa de la integración: el patrimonio común.

Ahora bien, la integración exige que la comunidad que acoge sea capaz de transmitir esos valores. Y, para eso, debe poseerlos. Y, además, creer en ellos.

Posiblemente a esto se debe la ceguera de los discursos políticamente correctos: ¿cómo plantearse un problema que no se está en condiciones de resolver? O en otros términos: es imposible integrar a los otros en una comunidad que no cree en nada –en nada más allá del placer y los significantes del mercado. Es imposible integrar a nadie en una comunidad que, por eso mismo, sólo sabe acceder al goce por la vía del horror.

Los discursos políticamente correctos –y correctamente deconstructivos– han votado a Chirac. Y, por una vez, lo han hecho con entera satisfacción. Pues en esta ocasión no han temido ser identificados como ingenuos –el más degradante apelativo que conocen– capaces de votar porque creen en lo que votan. Esta vez, en cambio, han podido hacerlo dejando bien claro que no creen en el que votan –pues Chirac, ya se sabe, se asocia con la corrupción del sistema. Que votan contra –pues perciben el horror que late en el fascismo–, pero que no creen en lo que votan.

Y por el camino, una vez más, nadie ha levantado la bandera de Europa. Pues nadie cree en los valores que la fundaron. ¿Por qué, entonces, si los europeos no lo hacemos, irían ellos, los inmigrantes, a renunciar a las banderas de sus tribus?

Deberíamos ser capaces de explicarles que Europa no es una tribu. Y que debe ser algo más que una comunidad regida por la razón del placer y del capital. Pues es también la que ha concebido –es decir: inventado– los ideales que componen ese asombroso texto que es la Declaración de los Derechos del Hombre.

Pero claro, no somos ingenuos: nosotros no creemos en ellos. Por eso los hemos deconstruido. De manera que no vemos en ellos más que disfraces de variadas formas de corrupción. Y, por la noche, nos abismamos en su correlato, el *reality-show*.

Se nos olvida, por el camino, una evidencia: que lo verdaderamente asombroso –y ciertamente real– es que hubo hombres que dejaron su piel para que esos valores, y las palabras que los nombran, fueran pronunciados por primera vez.

Claro que hay un beneficio en ello: no creer en ellos es la vía más cómoda para no tener que pronunciarlos de verdad –es decir: defenderlos.